

BARHAM MADAÍN AYUB

“VOLCAR LA EXPERIENCIA APRENDIDA”

FUE UN REGIONALISTA FURIBUNDO, TRABAJÓ COMO CALCULISTA PARA EMPRESAS PÚBLICAS Y PRIVADAS Y TUVO SU PROPIA UNIVERSIDAD; PERO AHORA SÓLO QUIERE DESCANSAR. ESTOS SON LOS APRENDIZAJES DE UN PROFESIONAL QUE SE HA MOVIDO EN EL MUNDO DE LA CONSTRUCCIÓN Y LA DOCENCIA SIN PROBLEMAS, GRACIAS A QUE SIEMPRE HA SABIDO GENERAR CONFIANZA Y CREDIBILIDAD.

POR JAVIERA HERNÁNDEZ FOTO VIVI PELAEZ

Barham Madaín dice que ha sido santiaguino por periodos. El primero lo vivió en su época universitaria, cuando estudiaba ingeniería civil en la Pontificia Universidad Católica de Chile y fue ayudante de varios profesores. Pero su hábitat natural es Viña del Mar, la ciudad que lo vio crecer, donde tiene su casa, su familia y donde hace dos años tenía su propia universidad.

La carrera profesional de este consejero permanente de la Cámara Chilena de la Construcción (CChC) ha sido tan entretenida como desafiante. Su primer trabajo lo tuvo también lejos de su querida Quinta Región, en el Instituto Corfo del Norte, en Antofagasta. Pero no se quedó más de siete meses debido a que corría el año 1973 y con el ambiente agitado que vivía el país, prefirió asegurarse de poder terminar su memoria y titularse.

Lo logró y se quedó en la capital trabajando en una oficina de cálculo estructural, con la que hizo algunas estaciones del Metro. Pero el primer trabajo que lo entusiasmó de verdad, lo consiguió recién al volver a Viña del Mar, en el Servicio de Obras y Construcciones de la Armada. “Fue un aprendizaje súper interesante, se lo recomiendo a todos los

ingenieros que quieran aprender de verdad su profesión. Estuve cuatro años y participé en todo tipo de obras, desde estanques de petróleo hasta edificios de habitabilidad para el personal de la Armada, problemas de mecánica de suelos e instalaciones militares”, recuerda entusiasmado.

Hasta que el año 1978 hubo un boom en el rubro de la construcción y decidió lanzarse solo, creando su propia oficina de cálculo estructural junto a su cuñado. La empresa Madaín y Dahdal tuvo una exitosa pero corta vida calculando edificios: vino la crisis económica del ‘83. Y aunque recuerda que fue “atroz”, este padre de dos hijos profesionales y uno universitario, no se hizo problemas porque además de construir siempre se mantuvo haciendo clases.

PROFESOR POR NATURALEZA

Comenzó enseñando en la Universidad Católica de Santiago pero en la época de la crisis ya era profesor de la nueva escuela de ingeniería de la Universidad Católica de Valparaíso. “Un alumno me llamó un día y me dijo que estaba esto de la educación superior privada recién empezando en Chile y que por qué no poníamos un instituto de computa-

ción. Como había poca actividad en el cálculo y yo tenía esa vocación de profe, me pareció que era una buena idea”, cuenta Madaín.

Pero apenas estuvo abierta la sede viñamarina del Instituto Tecnológico de Computación y Sistemas, se le presentó el primer desafío. La sede de Santiago quebró y ellos no sabían qué hacer con los alumnos que ya se habían matriculado en Viña del Mar. “No sabíamos donde mandarlos así que recurrimos al Ministerio del Interior que, excepcionalmente, nos autorizó a abrir un instituto nuevo que se llamó Instituto Profesional de Viña del Mar”, recuerda con una sonrisa en la cara.

Ahí tuvieron que jugar el todo por el todo. Porque no tenían ni el capital ni la experiencia, pero sí la credibilidad. “Yo tenía mucha amistocracia viñamarina, era creíble por mi trayectoria como calculista y profesor universitario. Así que logramos tener convocatoria de gente que estaba dispuesta a participar del proyecto sin que se les pagara nada, sino por lo que vendría en el futuro”.

Así continuaron hasta que vino la segunda crisis. Fue cuando empezó el boom de las universidades privadas, los institutos profesionales tenían un futuro incierto y definitivamente los alumnos preferían ir a una universidad

antes que a un instituto. Sin pensar de más, él decidió sumarse al cambio. En 1988, junto a dos socios arquitectos, sacaron los estatutos de la Universidad de Viña del Mar y en 1990 ya tenían sus primeros alumnos. El proyecto fue un éxito: él era el rector fundador y los alumnos iniciales aumentaron de 250 a 6.000 el año 2009.

UNA IDEA DE UNIVERSIDAD

Sin estudios en educación ni en administración de empresas, Barham Madaín se fue entusiasmando con hacer una carrera docente. Sobre todo porque con los viajes que le tocó hacer al exterior, en su cabeza fue armando la idea de universidad que quería lograr.

Su objetivo era alcanzar algo similar a la Universidad Autónoma de Guadalajara, un ejemplo, según él, de una universidad muy comprometida con las empresas. “Yo creo que el sistema universitario chileno está muy lejano del lenguaje y del quehacer de las empresas. Los académicos son más bien de corte de estudio y no están acostumbrados a responder a necesidades específicas y concretas. Algo que sí sucede en otras latitudes”, explica.

Comenzó a organizar reuniones junto a las demás universidades que fueron llegando a la Quinta Región, pero no obtuvo resultados. “Hay mucha desconfianza entre las universidades”, dice hoy. Sin embargo, la Universidad de Viña del Mar siguió creciendo, se fue haciendo más compleja y cada vez más relacionada internacionalmente. Pero la competencia se puso pesada con la llegada de los grandes consorcios de Santiago, como la Universidad de las Américas.

Barham sabía que su institución tenía una historia y una credibilidad en la región, pero a pesar de haber invertido en calidad académica –como contratar profesores de jornada completa- eso no bastaba si no invertían

en publicidad. Así que le pareció prudente vender la institución a Laureate International Universities, que tenía el poder para hacerlo.

“A mí me parece que estas instituciones son para quedarse y que nuestra idea de empresa familiar iba a pasar a la historia, porque nosotros no teníamos la certeza de que nuestros hijos iban a querer hacerse cargo. Al final, era más responsable entregársela a una organización profesional y donde uno sabía que la fe de los alumnos y apoderados iba a estar bien cautelada”, acepta Barham. Una decisión prudente de la que hoy no se arrepiente para nada.

Porque justamente a fines del 2009, cuando vendió la universidad, sintió que ya era hora de relajar un poco la carga laboral. “Me di cuenta de que no podía seguir con esa doble preocupación, ambas muy demandantes de tiempo y con una altísima responsabilidad. Por un lado calcular edificios con una inversión tremenda y por el otro mantener una institución de educación donde mucha gente había puesto su confianza”, analiza.

UN FUTURO TRANQUILO

A esta altura de su vida, lo único que le quedó molestando a Barham Madaín, es no haber logrado descentralizar un poco más el país. Él se reconoce un “furibundo regionalista derrotado”, luego de haber intentado que muchas instituciones llegaran a funcionar directamente a las regiones sin ningún resultado.

“Yo creo que Chile se pierde en las regiones, que son prácticamente colonias de Santiago. Porque en las regiones están los recursos naturales, entonces hay que tener campamentos ahí, pero todas las gerencias y las grandes empresas permanecen en Santiago”, dice el hombre que participó en variadas asambleas de regionalización.

Eso sí, tiene la alegría de haber avanzado

en la organización interna de la CChC, cuando fue vicepresidente durante el periodo de Hernán Doren. “Nosotros conseguimos que el presupuesto de la Cámara, que era generado por dividendos que no eran cuotas, fueran conceptualmente reconocidos como ingresos de la CChC: una institución que está en todo Chile. Y que, por lo tanto, se destinara como apoyo para la construcción de sedes regionales, estudios regionales y desarrollo de las regiones”, dice satisfecho quien hoy es director de la Compañía de Seguros de la CChC.

El próximo desafío de Barham Madaín es tomar un nuevo aire. Para eso ya no quiere dedicarse ni al cálculo estructural ni a la docencia directamente. Por el momento, se está dedicando a hacer consultorías relacionadas con la destrucción que dejó el terremoto de febrero de 2010 e inventando proyectos inmobiliarios en Viña del Mar. “Con mi socio estamos generando opciones de trabajo aprovechando la experiencia ganada”, admite.

En cuanto al área de la educación su plan es generar una agencia acreditadora de carreras. “Hoy día la acreditación en el mundo es un boom, por la movilidad laboral se necesita el reconocimiento de los títulos. Ya no sólo las instituciones, ahora los programas también necesitan acreditarse”, asegura este visionario de la construcción y la educación superior.

Para él, el futuro es promisorio. “Creo que uno debe reconocer que hay tiempos para estresarse y otros para relajarse. Viendo ya lo que esta pasando con mi generación, de gente que se enferma después de haber hecho una exitosísima carrera profesional, ahora quiero tener cargos directivos y no ejecutivos. Ese es mi futuro: volcar la experiencia que uno tiene, por haber pasado por tantas etapas y haber tenido –entre comillas- dos carreras”, concluye. **EC**